

“EL MANIFIESTO DE DRESDE” y La Mediación universal de la Virgen

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

UN grupo selecto de teólogos de la Iglesia Evangélica, más próximos a Lutero que a Calvino, ha hecho una pública manifestación de fe mariana que ha conmovido el pensamiento católico en términos favorables para su acercamiento a la Santa Madre de Dios, por el misterio de su Mediación universal.

El «Manifiesto de Dresde», representa en la historia del protestantismo, un vuelo orientado hacia el Corazón Purísimo de María. Pero además es un nuevo grito, o clamor de orfandad, que invade el alma de estos hermanos nuestros, los protestantes, alejados del redil amoroso del Cuerpo Místico de Cristo, huídos de la casa paterna, que añoran la pérdida de las inefables delicias de la Maternidad de María: Son hijos pródigos de alma dolorida y el corazón sangrante por recuerdos maternos.

Entre el gozo y dolor del «Manifiesto», los teólogos evangélicos reconocen, sin reparos, el culto ejemplar que la Iglesia Católica ha tributado, desde los primeros tiempos del Cristianismo, a la siempre Virgen María, sin posible desvío ni decaimiento. Antes al contrario. Porque cada día crece la marea celeste de los fervores marianos encaminados a cantar las glorias y excelencias que sitúan a la Virgen bendita, llena de gracia, como a la criatura más próxima a Dios.

Y de forma singular y emocionada, evocan los teólogos protestantes, las prodigiosas manifestaciones de la Virgen en Lourdes y Fátima, en donde el poderoso misterio de la Mediación de María llega a las móviles cumbres de lo sobrenatural doradas por los resplandores del milagro.

¡Qué bien desearían los teólogos del «Manifiesto» llevar a la Virgen pura y bella, a la Iglesia Evangélica, para percibir de cerca el aroma de la Maternidad divina de María, y las gracias mil del misterio radiante de su Mediación universal!

Quisieran, estos hermanos nuestros, gozar de la celestial armonía que proporciona la presencia de la Virgen, recibir el cariño de sus miradas maternas, participar de las riquezas de su Corazón Inmaculado, florecido de rosas de misericordia y lirios, blancos y cárdenos, de la más sublime y acariciante santidad.

Pero los vivos anhelos de los teólogos evangélicos, no señalan en esta oportuna dichosa, una posición nueva en su vida devocional mariana. Más bien acusan la práctica de un movimiento renovador y trascendente, enriquecido con destellos de fúlgidas vibraciones marianas.

Todavía muchos ignoran, que Lutero en medio de sus blasfemias y orgullosa rebeldía contra la autoridad infalible de Roma, conservaba cierta devoción hacia la Santa Madre de Dios. Lutero predicaba, que, «el cristiano debe alto respeto a María». Y con frecuencia aconseja, que, «cada uno la coloque en el sitio de honor en el que la puso Dios, dando alabanzas al Señor que tantas gracias derramó sobre su Madre».

Lutero defendió la maternidad divina de María. Y además, para el fundador del Protestantismo, María es la «Inmaculada Concepción». Hasta fue inmaculista al estilo escolástico de Duns Scotus. Y predicaba en las fiestas de la Virgen sobre sus más insignes prerrogativas, adivinando los historiadores, en la tesis del gran herejarca, la maravilla de haberse salvado de la furia iconoclasta, las imágenes de María en los templos Luteranos.

Así la protestante convertida al catolicismo, Isabel Von, en 1936, recuerda cómo en Munich, se encuentran fachadas adornadas con preciosas estatuas de María y que en los barrios viejos resaltan las Madonas iluminadas con artísticos farolillos.

¡Ojalá que nunca olviden los protestantes aquella dorada consigna que Paul de Lagarde dejó en sus «Escritos Alemanes», y que brota de la más entrañable vena del culto mariano: «Torrentes de bendiciones, decía, se han derramado desde las imágenes de María sobre la humanidad!»

Y es, que el odio rencoroso a María, entre los protestantes, es más bien de origen calvinista que luterano. El protestantismo liberal y revolucionario, arranca de Calvino y sus secuaces. Y si se ha vuelto contra el culto sagrado y esplendoroso de la Madre de Dios, ha sido a causa de haber perdido la fe en el misterio central de la Encarnación. Esos protestantes, se han quedado, sin Jesús y sin María: Sin el Hijo y sin la Madre.

Pero los cristianos evangélicos del «Manifiesto», van derechos en busca de la Madre. Quisieran tener a María en sus templos, porque sienten la nostalgia de sus ternuras maternas. Quieren, a todo trance, tener una Madre sobrenatural. Una Madre como esta linda y gentil Doncella de Nazaret que ampara, guía y defiende a los de su Casa, y atrae a los de fuera hacia su Corazón Inmaculado.

El «Manifiesto de Dresde», animado y revelador, tiene claros antecedentes en el alma angustiada de la Reforma. Citemos sólo una sincera y luminosa exclamación que nos recuerda, Delatré, en 1936, originada por un rayo de esperanza del poeta protestante, Max Yuhiekel, 1919, concebida en estos acuciantes términos de animado lirismo:

Como nuestra Santa Teresa, se lamentaba el poeta y pensador protestante, del frío que domina en las Iglesias Luteranas. Y añade:

Tenemos que calentarlas un poco, ¿Cómo? Trayendo una Madre: María. Entonces sin duda estaremos mejor. Volvamos a los cánticos de María: adornaremos nuestras iglesias con las flores del campo. Haremos fiestas como por la vuelta de una Madre. María, nos hace falta. Venid. Vamos a traerla. Que Ella embalsame nuestras Iglesias, como una rosa que florece sobre la losa gélida de nuestras murallas. ¡María, llena de gracia, yo te saludo!

Y es, que la principal tragedia del protestantismo, aparece sostenida por la falta de una Madre. Ya pueden gozar, estos pueblos, de una creciente civilización. Si no tienen una Madre celestial que les consuele con las ternuras de su Corazón, será un progreso vano; una alegría de vidrio, de frágil resplandor, según llama San Agustín a esas prosperidades. Porque todos, necesitamos de las manos benditas, manos de nardo oloroso, de esta Madre, tendidas hacia Dios implorando por nosotros.

Donde la Virgen falta, dice el brillante escritor agustino, P. Capánaga, cunde el luto y la tristeza: Donde Ella sonríe, brotan los cánticos y las flores. Su ausencia, origina la soledad y desamparo: su presencia, como brasa, tierna e invernal, irradia calor y dulzura.

Nadie puede mirar a Cristo, ha dicho un antiguo dirigente evangelista, sin tener ante los ojos a su Madre.

Así es, el misterio de la Mediación de María que sienten los teólogos del «Manifiesto». Ellos contemplan en la Virgen el canal regío por donde llegan las gracias del cielo a la tierra. Y buscan a la Mediadora, a la Madre, que interceda y lleve sus oraciones y súplicas a Cristo Redentor.

¿Será el dogma de la Mediación universal de la Virgen, la clara estrella de la mañana, que guíe los pasos de nuestros hermanos los protestantes, hacia el Portal de Belén, para adorar a Jesús en los brazos, acogedores, de María Inmaculada?



Ante el XIX Centenario de la venida a España de San Pablo

EL "SENTIDO SOCIAL" en las Epístolas del Apóstol

LA CARIDAD EL MAS PODEROSO AGLUTINANTE SOCIAL

TAL vez, ningún otro de los Santos y Doctores de la Iglesia de Dios, ha sentido, como San Pablo, el hondo misterio de la solidaridad cristiana entre los hombres. Toda la obra maravillosa, teológica y ascética suya, está divinamente empapada en el aroma de lo «social»: El alto «sentido de lo social», ilumina como estrella fija de primera magnitud, el

vasto campo de las Epístolas paulinas, singularmente, las dedicadas a los corintios.

La repercusión de los actos propios en la conducta de los demás, sentir con nuestros hermanos sus alegrías o tristezas; vivir gozando de las delicias de la comunidad cristiana, es nota dominante en la doctrina del Apóstol. Así, en un gesto de ardiente solidaridad, exclama: ¿Quién desfallece, que yo no desfallezca? ¿Quién padece escándalo, que yo no me abraze de dolor? Su fórmula sobre el «sentido de lo social», invade, como un relámpago, el poderoso entendimiento de San Pablo y abrasa, como llama viva, su corazón seráfico.

San Pablo, iluminado por las claridades del «Misterio de Cristo», y revestido del mismo Salvador Jesús, vivía su obra redentora, sintiendo en sus propias entrañas, el afán salvífico irresistible del Divino Maestro. ¿Qué extraño era que el mismo San Juan Crisóstomo en un hermoso alarde de pasión paulina dijera; El corazón de San Pablo, es el Corazón de Cristo.

Eje diamantino del «sentido social», en las fúlgidas enseñanzas de San Pablo, son las notas relevantes, de la unidad en la variedad. San Pablo, padre de la doctrina del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, enseña con su magisterio encumbrado: Que a la manera que el cuerpo humano es uno y tiene numerosos miembros, con ser tantos, constituyen un solo organismo, una maravillosa unidad.

El «sentido social», en las Epístolas de San Pablo, florece como una planta privilegiada a medida que va desarrollando la idea central del cuerpo místico de Cristo. Para el Apóstol el cuerpo orgánico por lo mismo que lo es, requiere variedad de elementos y funciones de categoría distinta. San Pablo va señalando, con mano maestra, la función de los órganos inferiores, y asegura, que tan propicios son los órganos elevados como los que ocupan planos inferiores. Y según San Pablo, nadie merece más honor y galardón, a los ojos vigilantes de Dios, por la posición que ocupa, sino por el modo con que desempeña sus oficios dentro del cuerpo místico.

O sea, que, según la doctrina paulina, al final de cuentas, mayores alabanzas y recompensas recibirá de Dios el miembro humilde, pero cumplidor de sus deberes, que el más alto que ejecuta con omisiones los suyos, por deslumbrantes que sean.

Lo cierto es, que la unidad dentro de la variedad, es vital en la teología paulina de la Iglesia. El Apóstol, llama poderosamente la atención sobre la semejanza que debe existir entre el modelo del organismo humano y el cuerpo social. Quiere que se garantice una vida sobreabundante a los humildes, prestando ayuda al débil sexo femenino, pan a los pobres, ocupación a los parados, medicina a los enfermos, guía a los extraviados: amor entrañable a todos. Su clara estrella le inclina al centro de gravedad de una robusta armonía entre los miembros que forman la comunidad humana, para que muchos, y mejor todos, gocen de las benéficas influencias de una misma fe cristiana y de los preciosos dones que atesora la eterna caridad de Dios.

Como prerrogativa ejemplar, aparece la solidaridad humana en el pensamiento de San Pablo. De tal modo que para el Apóstol, si padece un miembro, juntamente padecen los demás, y si gozan, todos participan de tan sana alegría. Así les dice: Acogeos los unos a los otros, como también Jesús os acogió a todos para gloria de Dios.

Del estudio del cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, San Pablo va deduciendo, con cifras de luz, los grados de íntima solidaridad que deben vincular a lo divino, los miembros de la Iglesia: Si Cristo es principio íntimo de los corazones y aglutinante enérgico de cuantos integran la vida cristiana, el Espíritu Santo, como alma de la Iglesia, va despertando en la conciencia, una florida y creciente hermandad entre los hombres con alto sentido social avasallador.

La palabra del apóstol penetrante como cuchillo de doble filo, añade: «Sed cariñosos los unos con los otros»; «gozaos con los que gozan»; «llorad con los afligidos»; «tened los mismos sentimientos, los unos con los otros; no alzando la mirada a cosas altas, sino allanándoos hacia los humildes. Que la humildad es el más firme sostén de la caridad».

El corazón de San Pablo se consume en el amor a los hombres. Porque la caridad es factor decisivo en la vida humana. De este modo amonesta a los suyos. Todas vuestras cosas se hagan en caridad. La plenitud de la Ley, es para San Pablo, la caridad: *Plenitudo ergo legis est dilectio*, dice a los romanos.

Van contra la ley de la caridad de Dios, los que pretenden reducir los vuelos de esta vigorosa virtud teologal, sobreponiendo la «justicia social», como única rectora de la vida comunitaria. Mas por muy amplio que sea su florecimiento, la justicia humana, jamás llenará el hondo vacío de nuestro corazón chispeante de lumbres inmortales. Por minuciosa y detallada que sea la justicia social, siempre queda un ancho cauce a la ley del amor de donde brotan las más generosas y meritorias ofrendas de las almas.

Gocemos en este memorable centenario con iluminar la vida de cada uno, con las ingeniosas enseñanzas del Apóstol en orden a la divina caridad, de la que fluye como copioso surtidor, todo ese amplio «sentido social» de sus hermosas Epístolas:

Es un homenaje de gratitud, que los españoles, debemos al Apóstol San Pablo.



M u s t e

I

En la hondonada fértil de la Vera:
—cada árbol, titán que el cielo roza—
por donde, en vena múltiple, retoza
el agua, haciendo surco en la pedrera;
el madroñero, el roble, en la ladera
bajan al muro, que su paz reboza
entre el nuevo sillar que le remoza
y la musgosa ruina lastimera.
Peso, línea, silencio, escudos, cielo...
lujo de helechos, violas y jacinto
sobre los folios viejos de su suelo.
La fuente, que no duerme, en el recinto
llena entre los cipreses su desvelo
rezando por el César Carlos Quinto.

II

Aun impaciente la imperial tizona,
cuando la gota el palafrén prohíbe,
aquí el Emperador reza o escribe,
—padre y Caudillo—, libre de corona.